



## *Reseñas bibliográficas*

*ager* • nº 7 • 2008

Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural  
Journal of Depopulation and Rural Development Studies

Sanz Cañada, Javier (ed.)  
*El futuro del mundo rural. Sostenibilidad, innovación  
y puesta en valor de los recursos locales,*  
Síntesis, Madrid, 2007, 295 páginas

En un contexto marcado por la agudización de la crisis alimentaria mundial, por la necesidad de adoptar medidas urgentes para frenar el cambio climático y de dar respuesta a las demandas sociales sobre seguridad alimentaria, calidad de los productos y respeto por el medio ambiente resulta primordial retomar el debate sobre el "futuro del mundo rural" y reflexionar sobre el papel que deben desempeñar los procesos de desarrollo en la dinamización de los espacios rurales españoles.

Es en este marco de análisis donde se inserta el presente libro cuyo contenido se nutre, en gran medida, de la reelaboración de los seminarios impartidos durante el curso "*El futuro del desarrollo rural. Sostenibilidad, Innovación y puesta en valor de los recursos locales*", celebrado en la sede Antonio Machado de la Universidad Internacional de Andalucía de Baeza (Jaén), del 6 al 10 de septiembre de 2004.

Este libro, estructurado en 11 capítulos, aborda el análisis de diferentes dimensiones del desarrollo rural, otorgando especial atención a las iniciativas vinculadas al ámbito agro-alimentario y a la promoción de los productos de calidad. Esta circunstancia ha propiciado la división del trabajo en dos grandes bloques de manera que ambas temáticas puedan ser examinadas de forma diferenciada, aunque interrelacionada.

La primera parte del libro constituye, tal y como señala su título: "*Desarrollo local y desarrollo sostenible en el medio rural*", un acercamiento a la conceptualización del desarrollo así como al análisis de las funciones que han desempeñado, determinados sectores productivos, en la consolidación del modelo europeo de desarrollo rural. En relación a la primera de las cuestiones encontramos, por un lado, el capítulo 1, presentado por Francisco Albuquerque. Un trabajo en el que se analizan las sinergias deriva-

das de la paulatina convergencia entre las políticas europeas de desarrollo local, sostenible y rural, a partir del análisis de una experiencia concreta: la elaboración de Planes de Desarrollo Sostenible en los Parques Naturales de Andalucía. En esta misma línea se sitúa el texto de Javier Navarro (capítulo 6) que supone una revisión de las políticas de desarrollo rural de la Unión Europea y desde el que se destaca la importancia que han adquirido, en este nuevo contexto, cuestiones como la multifuncionalidad, el territorio, la calidad o la sostenibilidad.

Por otro lado, esta primera parte dedica una amplia literatura al análisis del papel que han ejercido diferentes sectores de actividad en el fomento de iniciativas de desarrollo rural. Así, el sector industrial es abordado por Ricardo Méndez en el capítulo 2, en el que realiza un recorrido por los procesos de industrialización en el medio rural, poniendo especial relevancia en la función que el territorio y la innovación desempeñan en dichas dinámicas. Ana Melero y Ascensión Calatrava (capítulo 3) realizan un análisis de la incidencia del sector terciario en los municipios rurales españoles. Por su parte, Encarnación Aguilar y Santiago Amaya (capítulo 4) estudian las funciones que desempeña el patrimonio cultural en este nuevo contexto rural, y su potencialidad como activo de desarrollo territorial. En otra línea, Alfonso Carlos Morales (capítulo 5) presenta el tema del capital social a través del análisis de diferentes experiencias cooperativas en Andalucía y del establecimiento de indicadores que permiten visualizar la importancia que adquiere la economía social en la dinamización del medio rural.

Bajo la denominación *"Estrategias de puesta en valor de los recursos agroalimentarios locales: el aceite de oliva"*, se agrupa el amplio conjunto de trabajos que componen la segunda parte de este libro. Estos artículos están dedicados al análisis de experiencias de diferenciación de los territorios a partir de la promoción de los productos alimentarios de calidad. Su atención se centra, sin embargo, de una forma más concreta, en las iniciativas que tienen como eje la valorización del aceite de oliva y del cultivo del olivar al ser éste uno de los pilares económicos fundamentales para muchos territorios rurales españoles, además de un referente identitario ineludible y un elemento básico de su patrimonio cultural.

En este sentido, los capítulos 7 y 8 profundizan en el caso de las Denominaciones de Origen de aceite como ejemplos de procesos de desarrollo territorial centrados en la activación de productos agroalimentarios. Así, Javier Sanz analiza, en el capítulo 7, las estrategias de organización de la calidad, las funciones económicas e institucionales de las denominaciones de origen protegidas, así como las características de las DOP del aceite en España. El trabajo de Alfredo Macías (capítulo 8) viene a completar los datos desarrollados en el capítulo anterior ya que, a través de la presentación de diversos estudios de caso, pone de relieve la vinculación que esas dinámicas colectivas mantienen con

el territorio y con sus recursos endógenos, así como la importancia que poseen para el mantenimiento de su tejido socioeconómico y para la potenciación de un desarrollo territorial equilibrado y sostenible.

Por otra parte, se incluyen diversos trabajos que indagan sobre los cambios que se han producido en el olivar andaluz tradicional con la introducción de medidas para su intensificación. De este modo, Manuel Pajarón (capítulo 10) realiza un recorrido histórico sobre los diferentes agroecosistemas del olivar en Andalucía, ahondando en las transformaciones que ha sufrido el olivar tradicional bajo el paradigma de la modernización, mientras que David García Brenes (capítulo 9) reflexiona sobre el impacto ecológico que las medidas de ajuste han tenido sobre dicho cultivo. Ambos autores abogan por la promoción de prácticas ecológicas de manejo del olivar que permitan recuperar la fertilidad y restaurar la diversidad del agroecosistema, así como dotar a los agricultores de una alternativa con la que poder diferenciar su aceite en el mercado. Por último, y en esta línea de promoción de una olivicultura más sostenible, se encuadra el artículo de Antonio Cegarra, José Antonio Albuquerque y Germán Tortosa (capítulo 11) sobre compostaje del alpeorjuo como experiencia para el aprovechamiento de los residuos generados por las industrias de elaboración del aceite de oliva.

Podemos señalar, por tanto, que el interés de este libro radica en su planteamiento multidisciplinar, a partir de la integración de diferentes enfoques teóricos, lo que le permite reflexionar sobre las diferentes dimensiones que conforman el objeto de estudio. Del mismo modo, combina el debate teórico sobre la sostenibilidad, la innovación, el enfoque territorial del desarrollo y las poblaciones locales, como ejes fundamentales para la promoción de un modelo europeo de desarrollo rural, con un acercamiento empírico a la cuestión, a través de la presentación de diversos casos de estudio representativos: los Planes de Desarrollo Sostenible en Parques Naturales andaluces, el patrimonio cultural como eje de desarrollo territorial en la Sierra de Cádiz, la valorización de las producciones locales a través de las Denominaciones de Origen de aceite, etc.

Una obra que, aunque a veces se preste a la confusión por la variedad de temáticas y por la ausencia de un hilo conductor entre algunas de ellas, especialmente en la primera parte del libro, se configura como un texto interesante para actualizar, veinte años después de la publicación del informe sobre *El futuro del mundo rural*, el análisis de los procesos de desarrollo rural y para incidir acerca de la importancia de los sistemas agroalimentarios localizados en la generación de dinámicas de este tipo.

Carmen Lozano Cabedo  
Universidad de Sevilla

María Laguna Marín-Yaseli  
*Veinte años de políticas de desarrollo rural:  
la experiencia de las políticas regionales en el Pirineo aragonés,*  
CEDDAR, Zaragoza, 2007, 166 páginas

Este libro editado por el CEDDAR es una síntesis parcial de la tesis doctoral elaborada por María Laguna Marín-Yaseli. En ella se presentan tres aspectos clave: (a) el desarrollo rural y su evolución legislativa; (b) las políticas de desarrollo rural aplicadas en el Pirineo Aragonés; y (c) la evolución socioeconómica entre 1981 y 2001.

La conclusión principal defiende que el Pirineo, por sus valores naturales y su singularidad, debería haber sido objeto de políticas de desarrollo y conservación más eficaces. Éstas, aunque se han producido a través de diversos instrumentos (Fondos Estructurales, Política Agraria Común y, fundamentalmente, mediante las Iniciativas Comunitarias LEADER e INTERREG), no han sido capaces de frenar el retroceso demográfico y de las actividades primarias que siguen siendo básicas para mantener un modelo de desarrollo equilibrado y sostenible en zonas de montaña. Buena parte de estas ayudas han sido "compensatorias", es decir, han ido dirigidas a compensar pérdidas del nivel de renta o capacidad adquisitiva de los agricultores y ganaderos en un contexto de economía de mercado en el que las producciones de zonas de montaña no son precisamente competitivas. En pocas ocasiones estas ayudas han servido para incentivar la inversión privada si excluimos la Iniciativa LEADER. El Interreg, a pesar de justificarse como medio para eliminar el efecto frontera del Pirineo, ha favorecido más a poblaciones o colectivos situados fuera del ámbito de montaña.

El sector turístico es el único que ha experimentado un importante desarrollo y, sobre todo en algunos valles, no siempre responde a los conceptos de sostenibilidad que aconsejan las nuevas políticas e Iniciativas Comunitarias. Así pues, las políticas de desarrollo rural en zonas como el Pirineo deberían ser más específicas para zonas sensibles

de montaña donde son más necesarios que en otras regiones los equilibrios entre protección y desarrollo. La conservación del equilibrio ecológico y del paisaje requiere que se siga mantenido la explotación y aprovechamiento ganadero con una agricultura subsidiaria de la ganadería. Para ello son necesarias políticas específicas de agricultura de montaña.

Si bien las políticas de desarrollo rural que se han aplicado han mejorado la calidad de vida de los pobladores de este espacio, éstas han sido de carácter general, sin tener en cuenta las singularidades de este territorio, caracterizado por ser una zona compartimentada administrativamente, periférica y con funciones de efecto frontera. Se echan en falta pues proyectos comunes de ordenación territorial para el conjunto del Pirineo. Proyectos que persigan la integración entre los distintos valles y de éstos con las respectivas depresiones del Ebro y de Aquitania.

Los recientes cambios están dando lugar a desequilibrios tanto espaciales como sectoriales y se echa en falta una política global de macizo, que contemple al Pirineo como una unidad. No se han aplicado políticas propias de montaña: en el Pirineo francés sí que se aplicó una Ley de Montaña (1985), pero no ha ocurrido lo mismo en el Pirineo español aunque se redactó una Ley semejante en 1982. También en el Pirineo francés se han aplicado planes globales como el Plan del Grand Sud-Ouest, los Programas Integrados Mediterráneos, un Programa Nacional de Interés Comunitario (PNIC) y Operaciones Integradas de Desarrollo (OIDE). En este sentido, el Pirineo de la vertiente norte ha contado con ventajas u oportunidades mayores que los valles de la vertiente sur.

En la vertiente española nunca se han aplicado programas específicos y globales para zonas de montaña. La falta de coordinación entre las Administraciones y Políticas Sectoriales no favorece este desarrollo global que es necesario para que el Pirineo cobre fuerza como entidad territorial y vaya abandonando su carácter periférico en relación a sus respectivas regiones: País Vasco, Navarra, Aragón y Cataluña en la vertiente sur o Aquitania, Midi-Pyrénées y Languedoc-Rousillos en la vertiente norte. Si bien en la vertiente norte estas políticas han sido más eficaces, también se han quedado cortas o no han sido lo suficientemente eficaces, quizá porque no se planificaron conjuntamente con la vertiente española.

Las políticas que se han ido aplicando desde cada una de estas regiones no han favorecido este desarrollo global, necesario para hacer frente a la competencia de otras zonas de montaña que se integran en la Unión Europea tras las recientes ampliaciones. Así pues, es necesario que los futuros Programas de Desarrollo, o las Iniciativas Comunitarias, superen los planteamientos regionales (o de Comunidades Autónomas) y

se planifiquen bajo una perspectiva global, de macizo, y favoreciendo la recuperación y puesta en valor de los potenciales endógenos.

Al analizar los efectos de las políticas regionales en el Pirineo aragonés en los últimos veinte años, con esta publicación se aportan suficientes elementos para reflexionar sobre qué instrumentos son los más adecuados para la ordenación de un territorio tan frágil, diverso y singular como el Pirineo. La planificación de las políticas de desarrollo ha contado en pocas ocasiones con análisis académicos que orienten en la toma de decisiones. En este sentido, esta publicación aporta un análisis riguroso que permite seguir profundizando en los debates académicos con objeto de que, paulatinamente, se vayan definiendo los instrumentos más adecuados para la ordenación del territorio en un espacio que se caracteriza por su fragilidad, sus funciones frontera o de nexo de unión entre dos Estados, sus recientes crisis socioeconómica y despoblación, que contrastan con el hecho de ser un territorio "deseado", como espacio de ocio, descanso o segundas residencias. Es decir, un territorio que va a desempeñar funciones muy distintas a las tradicionales y que exige políticas específicas capaces de sincronizar protección medioambiental y desarrollo socioeconómico.

*Antonio Jesús Gorriá Ipas  
ECAS Técnicos Asociados S.L.*

Luis Antonio Sáez Pérez  
*La economía de la Sierra de Albarracín,*  
CEDDAR / CECAL / CAI, Zaragoza, 2007, 281 páginas

Entre los economistas españoles, leer al profesor Sáez resulta siempre una bocanada de aire fresco. Y su reciente trabajo sobre *La economía de la Sierra de Albarracín*, editado por el CEDDAR, el Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín y la Caja de Ahorros de la Inmaculada, confirma esta proposición sin duda aceptada por todos los profesionales que tenemos la suerte de conocerle. El profesor Sáez escribe muy bien: se hace entender y transmite su profundo amor a la tierra, un amor necesariamente inteligente, basado en la comprensión del otro, en esta ocasión un trocito de ese territorio tan imprescindible para todos los viajeros españoles del levante español, entre los que me incluyo.

Teruel y la Sierra de Albarracín lo tienen difícil. Tan difícil al menos como casi todos los territorios rurales y campesinos del planeta. La población sigue emigrando para concentrarse (cuando no hacinarse) en las urbes, y el hábitat rural y la sabiduría campesina se pierden por todas partes. Cuando, hastiados del frenesí y el artificio, la población regresa al campo por uno o más días sólo lo hace para airearse y volver a la ciudad con más fuerza. El auge del excursionismo y el turismo rural es eso, sumar unos cuantos momentos de salud y nostalgia. Los seres humanos que quieren vivir en el campo y en Albarracín todos los días son definitivamente una rarísima minoría.

Me interesa señalar de este cariñosísimo y brillante trabajo que el profesor Sáez orienta su investigación por y hacia las personas, tan usualmente alejadas de la lúgubre ciencia económica, numeritos que crecen y bajan en su peor expresión. Es que Luis Antonio se sale de lo normal en España y transita por lugares poco convencionales. De ese modo, se ocupa del hábitat en su conjunto y habla de asuntos obviados por casi

todos los economistas para estupefacción y escándalo de los demás científicos sociales. Dos cuestiones tan intangibles y difíciles de medir y (no digamos) cuantificar como, por un lado, lo que saben las personas y, por otro, sus hábitos de comportamiento en grupo son variables básicas en el estudio del doctor Sáez.

Sin duda, todos los territorios del mundo merecerían un análisis como el que nos ocupa, veraz y también emocionante. La verdad es sólo una pretensión del científico y en este texto se persigue con todas las de la ley. No quedan datos ni fuentes dignas de consideración sin consultar ni manejar, muchas de ellas lamentablemente infrecuentes para la mayor parte de los economistas.

El esfuerzo es muy grande para un lugar pequeño. A eso lo llamamos amor. Hay muchas instituciones importantes haciendo posible la existencia de este texto. Ahí surgen las emociones. El profesor Sáez no sólo ama la sierra. También la quiere. Y sentimos los lectores la pasión que mueve su escritura allá escondida, pues ni una sola vez esa impresionante fuerza mucho más allá de la razón abandona su escondite para perjudicar la tremenda honestidad de este libro ejemplar. Ya nos gustaría a muchos otros economistas españoles contar con ejemplos parecidos.

De hecho, *La economía de la Sierra de Albarracín* funciona además como canon de lo que deberían ser en la actualidad los trabajos de investigación aplicada en Economía dentro de las universidades españolas. Es ejemplo en metodología y lo es sin duda en comunicación. Como ya dije, al profesor Sáez se le entiende y se le lee. O sea, el profesor Sáez se explica y entretiene.

No es una virtud generalizada entre los científicos sociales y, menos aún, entre los economistas, por lo general ininteligibles para el común de los mortales. Pero es que Luis Antonio sabe manejar la razón sin haber dejado de pisar la tierra. Por eso es una persona sabia que escribe sencillamente... de economía. Un logro extraordinario.

No se pierdan este libro inteligente y amable. Yo, que llevo también mi ración de sangre turolense y sobrevivo en la esquizofrenia del profesor/empresario, me puedo permitir sugerencias.

Añadiré que la Sierra de Albarracín cuenta con importantes ventajas respecto a otras comarcas aragonesas y españolas rurales y campesinas. Podemos cifrarlas en el concepto de conectividad, una síntesis de factores de diferente condición operando en la sociedad global de la información y el movimiento. No puedo profundizar, pero me refiero al grado en que las personas, el mundo en general están advertidos o pueden estarlo de la existencia de la Sierra de Albarracín y lo que contiene, sus atributos.

Las opciones de la Sierra de Albarracín para conectarse a grandes centros de población y, por tanto, a flujos de personas e información son muy grandes. Parafraseando, importa y puede importar más a más gente. Esta mayor conectividad puede venirle bien. Sin embargo, la conectividad estimula contactos, tanto las llegadas como las salidas. El texto del doctor Sáez apenas si transita el peliagudo, espinoso tema de los linajes, la genética, la herencia antropológica, sobre el que ambos llevamos años discutiendo.

¿Hemos de salvar los linajes, a la gente de la sierra? ¿O hemos de salvar el medio y el paisaje? ¿O hemos de salvar la cultura, la sabiduría? En el primer caso, hablamos de la población nacida y/o heredera de las propiedades, viva donde viva. Con ella va la vida de sus antepasados y quizás conocimientos y emociones heredados de ellos que ayuden a vivir bien allí donde sea. Hay que pensar en el modo de que estas personas mantengan algún interés por seguir conectadas a su pasado y su territorio de origen.

La idea de municipios vacíos o llenos, tristes o vivos según la fecha ha de ir siendo interiorizada... cuanto antes. Vacío, lleno. Como un estadio deportivo, un museo, un restaurante, una tienda de moda. En mi opinión es la única opción de salvar el medio y el paisaje y, mucho más aún, la cultura local.

Nadie mejor que la sangre del lugar para manejarlo por los siglos de los siglos. Puede que los flujos migratorios intenten y logren gestionar la naturaleza y la cultura local pero no lo comprenden ni sienten igual. Hablo de los africanos ilegales, argentinos legales y neorrurales anticuadamente eco-anarquistas o cibernéticos a la última. Lo del arraigo se traducirá en emociones, sentido de pertenencia y quizás en saber hacer local para los hijos y nietos de los ahora recién llegados. Para entonces, puede ser muy tarde.

Demos la bienvenida a los nuevos pobladores, por favor, claro. Pero hemos de apostar por programas de intervención territorial que asuman un doble *tempo* para los territorios rurales y, por supuesto, para la Sierra de Albarracín. Hay que localizar entre los residentes y visitantes actuales a personas capaces de producir nexos emocionales con otras personas en la propia comarca y en las ciudades y los barrios donde residen durante su tiempo urbano.

Invito por tanto a una segunda oleada de investigación en la que detectemos quiénes son y dónde viven los herederos. Gentes y cosas que están y suceden en Teruel, Zaragoza, Valencia y Tarragona pueden ser tan o más importantes para el futuro de Albarracín que toda la población y todo lo que ocurre en la propia Sierra. Que se queden o regresen una parte de su tiempo.

Luis Antonio Sáez, el CEDDAR y seguro que buena parte de las personas que han hecho posible este magnífico libro son un comando desplegado allá donde se manda y se prospera inyectando dosis de amor por la Sierra. Sigamos su estela. Esa es la estrategia territorial más efectiva contra el olvido: el buen manejo del capital relacional en los centros del poder.

*José María Nácher Escriche*  
*Universidad de Valencia*

José Carlos Barrio de Pedro

*La agricultura y ganadería asturianas: diversidad y evolución reciente*,  
KRK SERIDA Ediciones, Oviedo, 2008, 176 páginas

En estos tiempos en que la agricultura como sector económico pierde importancia, tanto en el plano nacional como regional, dadas sus escasas aportaciones al PIB y a la población ocupada, aunque su trascendencia estratégica quede realizada por la comprometida situación que atraviesa el mercado mundial de materias primas agrícolas a la altura de 2007 y 2008, hay que dar por bienvenido un libro dedicado a ella en el Principado de Asturias, que, además, contra lo que suele ser habitual, en el título segrega específicamente la ganadería.

En su primera parte se analizan las características y la evolución de la agricultura y del medio rural asturiano durante el período que se señala a través de una revisión bibliográfica. En la segunda se recogen los resultados de un análisis de la diversidad y la evolución de las explotaciones agrarias asturianas, fundamentado en el modelo de tipología de la UE, utilizando las Encuestas de Estructuras de las Explotaciones Agrícolas de 1997 y 2003 (INE).

El autor parte del supuesto de que las fuentes disponibles sobre la cuestión no consideran una tipificación de las explotaciones que refleje los sistemas de producción de Asturias ni la heterogénea dimensión de las explotaciones, aspectos que sí pueden serlo con la tipología comunitaria (Clasificación por Orientación Técnico-Económica, OTE, y por dimensión económica, UDE). Cinco anexos completan el libro, destacando especialmente los números 3, 4 y 5, que contemplan, respectivamente, una clasificación de las explotaciones en función de OTE, la frecuencia estimada de las explotaciones en Asturias según su OTE, y la situación regional de la ganadería de leche y viabilidad de la producción ecológica.

Los resultados, factores en causa y conclusiones, precisos y detallados, incluso en exceso, con muchos cuadros y gráficos, lo que dificulta la lectura de ciertas partes del texto, no difieren en esencia de los constatados precedentemente en la bibliografía disponible. Aparte de la disminución del número de explotaciones y de la reducción de la importancia de las OTES menores y mixtas, herbívoros y cultivos leñosos constituyen el eje de la producción agraria asturiana, sobresaliendo en todo caso las producciones de vacuno de cría y de vacuno lechero, por este orden, progresivamente más modernas, intensivas y especializadas las segundas. El campo astur también está en crisis (demográfica, social, económica y territorial). Son acertadas las observaciones que se hacen sobre la diversidad de situaciones de las explotaciones y de sus dimensiones económicas, las peculiaridades de los sistemas de explotación y el envejecimiento de la mano de obra en la agricultura familiar.

Un intenso esfuerzo como el hecho por el autor para el análisis tan riguroso de las dos Encuestas de Estructuras sugiere preguntarse si es compensado al conseguir unos resultados que responden a un momento determinado y que en razón a la velocidad de vértigo que llevan los acontecimientos que afectan a la agricultura, en concreto la PAC, con el proceso de ajuste y reestructuración que sigue incidiendo sobre la agricultura española, hay que actualizar cada poco tiempo. (Por poner ejemplos, ahí está la Encuesta de Estructuras de 2005, publicada en diciembre de 2006 por el INE; el Plan de Reestructuración del Sector Lácteo de 2005, cuyo programa de abandono de la actividad lechera y redistribución de la cuota liberada impactó seriamente en Asturias; o la información citada sobre cuotas lácteas, que corresponde al período de cuotas 2001-2002, cuando en el momento de aparecer el libro ya estaba publicada la correspondiente a 2006-2007.) Siguiendo la línea abierta, quizás no sea desacertado dedicar el esfuerzo esencial y más inmediato a los sectores determinantes de la agricultura y ganadería asturiana, sin dejar de prestar la necesaria a los regresivos y menos significativos.

Una observación final. La bibliografía citada es valiosa. La aportación de SADEI al conocimiento de la agricultura asturiana y a sus macromagnitudes resulta fundamental. Pero, aun reconociendo el autor que la revisión bibliográfica no es exhaustiva, las citas en su conjunto quizás adolecen de una cierta unilateralidad regional. Están publicados trabajos interesantes sobre la temática del caso, unos sectoriales, otros relativos a los espacios rurales y a la multifuncionalidad, lo mismo referidos sólo a Asturias que a todas las Comunidades Autónomas de la Cornisa Cantábrica, editados por el antiguo Ministerio de Agricultura (Serie Estudios) y por las universidades de las Comunidades Autónomas vecinas, que hubieran enriquecido el texto y ampliado su horizonte, sobre todo en las comparaciones interregionales.

*Victoriano Calcedo Ordóñez*  
*Universidad de Cantabria*

Penélope Francks

*Rural economic development in Japan:  
from the nineteenth century to the Pacific War,*  
Routledge, Abingdon, 2006, 312 páginas

El libro más reciente de Penelope Francks, una especialista con amplia experiencia en el análisis histórico de Japón y otras economías del Asia oriental, analiza la evolución de la economía rural japonesa durante el periodo comprendido entre los inicios del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial. Se trata de un estudio que, además de su interés histórico, es relevante desde la perspectiva de los estudios rurales del presente, ya que su objetivo es comprender la interacción que se establece entre los procesos de desarrollo económico y la evolución de las comunidades rurales. El periodo escogido permite a Francks partir de un escenario en el que el desarrollo económico rural realiza una contribución decisiva al desarrollo económico del conjunto del país, y terminar en un escenario en el que el avance del desarrollo económico general plantea un desafío a la continuidad de la propia comunidad rural.

Francks plantea su análisis en torno a tres grandes ejes: primero, determinar el encaje macroeconómico de la comunidad rural dentro del proceso de desarrollo económico; segundo, comprender las complejas estrategias económicas seguidas por los hogares rurales; y, tercero, analizar las coordinadas políticas en el marco de las cuales se inscribió la evolución de la economía y sociedad rurales. Francks persigue cada una de estas tres líneas para cada uno de los tres periodos considerados en el libro: desde comienzos del siglo XIX hasta 1890, entre 1890 y 1920, y el periodo de entre-guerras.

El encaje macroeconómico de la comunidad rural se alteró considerablemente a lo largo de estos periodos. Durante la mayor parte del siglo XIX (incluidas también las dos primeras décadas posteriores a la restauración Meiji), el Japón rural experi-

mentó un genuino proceso de desarrollo, basado en la paulatina configuración de una base económica diversificada en la que una agricultura relativamente dinámica (al menos para el contexto tecnológico de la época) se combinaba con una amplia gama de actividades complementarias, como manufacturas textiles y transformaciones agroalimentarias a pequeña escala. De acuerdo con Francks, la economía rural japonesa vivió durante este periodo un círculo virtuoso en el que el progreso de los distintos sectores se retroalimentaba. De hecho, la contribución de este crecimiento rural al proceso general de desarrollo económico (más parecido a una proto-industrialización o una transición hacia una economía orgánica avanzada que a una industrialización moderna) fue muy considerable. A partir de finales del siglo XIX, sin embargo, esta dinámica de cambio rural comenzó a perder fuerza. Con el inicio de un proceso moderno de industrialización, las actividades no agrarias comenzaron a localizarse cada vez en mayor medida en los ámbitos urbanos. Esto no quiere decir que la economía rural japonesa regresara súbitamente a una especialización agraria, pero sí que algunos de los vínculos que habían conformado el previo círculo virtuoso comenzaban a traspasar la escala rural local.

Las estrategias económicas de los hogares rurales japoneses se adaptaron en consecuencia. Durante la mayor parte del siglo XIX, las familias desarrollaron un comportamiento adaptativo: incorporaron innovaciones biológicas que mejoraron sus resultados agrarios y dedicaron una parte de su esfuerzo laboral a aprovechar las oportunidades abiertas en la manufactura doméstica. Más adelante, cuando la industrialización moderna arrancó en Japón, los hogares rurales continuaron asignando sus recursos laborales en función de las oportunidades disponibles. Había oportunidades para el crecimiento agrario, teniendo en cuenta el incipiente proceso de urbanización que estaba desplegándose en Japón y teniendo en cuenta, además, que las primeras etapas de la industrialización japonesa registraron un aumento (y no un descenso) de la demanda de arroz, el cultivo clave para la mayor parte de familias rurales. Al mismo tiempo, algunos de los miembros de la familia (en ocasiones de manera temporal, en otras de manera más estructural) se vinculaban con actividades no agrarias, no sólo manufacturas domésticas tradicionales, sino (cada vez más) empresas industriales y terciarias localizadas en ciudades próximas. Francks argumenta aquí de manera persuasiva que el peculiar modelo japonés que tanta atención generó tras la Segunda Guerra Mundial (un modelo caracterizado por el dualismo en las estructuras empresariales y en los mercados laborales) encuentra sus orígenes en la compatibilidad que, durante la primera mitad del siglo XX, fue desarrollándose entre las estrategias de las familias rurales (que buscaban ingresos no agrarios, pero no necesariamente una vida

urbana) y las estrategias de los grupos empresariales urbanos (que buscaban mano de obra susceptible de ser empleada de manera flexible).

Todo ello desembocó también en una reformulación del escenario político. A finales del siglo XIX, comenzaron a manifestarse en Japón señales de que se avecinaba lo que la actual literatura sobre desarrollo llama el problema del ajuste agrario: el peligro de que la agricultura se quede atrás con respecto a la industria moderna, de tal modo que el nivel de vida relativo de la población agraria tienda a disminuir (lo cual favorecería la adopción de medidas de apoyo al sector, entre ellas el proteccionismo y las subvenciones) y se desaten tensiones inflacionistas como consecuencia de una oferta agraria inelástica (lo cual favorecería todo lo contrario: presiones para un aumento en las importaciones de alimentos procedentes de países con ventaja comparativa en agricultura). Francks traza con detalle las tensiones políticas generadas en torno al ajuste agrario, que de hecho desembocaron en la eventual separación de los intereses agrarios y los intereses industriales en dos ministerios diferentes. Cuando termina el relato, la política rural japonesa se encuentra a las puertas de la dirección que finalmente tomará después de la Segunda Guerra Mundial: la promoción (a través de subvenciones e iniciativas de desarrollo rural) de explotaciones agrarias de pequeña dimensión y operadas en régimen de tiempo parcial.

El libro tiene muchos puntos fuertes. Claramente estructurado (tres periodos y tres temas a perseguir en cada uno de ellos), se basa en argumentaciones cuidadosamente elaboradas y utiliza una amplia gama de evidencias, desde estadísticas macroeconómicas hasta elementos cualitativos extraídos de estudios de caso locales. La autora combina con éxito la literatura de historia económica con la literatura sobre economía del desarrollo, con el resultado de que su visión del cambio económico en Japón nos dice algo tanto desde la perspectiva de los países actualmente desarrollados como desde la perspectiva de los países en vías de desarrollo. Dicho esto, la pregunta entonces es: ¿puede este libro ser relevante para alguien que no sea historiador o no esté particularmente interesado en el caso de Japón? ¿Puede este libro, por ejemplo, ser relevante desde la perspectiva de los estudios rurales en los países desarrollados? Pienso que sí, porque nos muestra la evolución de la economía y sociedad rurales a lo largo de un proceso histórico de desarrollo económico. El enfoque de Francks no es tanto sectorial (seguir la pista al papel cumplido por la agricultura en los procesos de industrialización) como territorial (seguir la pista a la evolución de lo rural conforme avanza el desarrollo), y por ello proporciona una vía directa para integrar el caso japonés dentro de los debates actuales sobre las transformaciones de las sociedades rurales (y los orígenes históricos de las mismas) en los países desarrollados.

Quizá por ello, habría sido interesante que el libro se hubiera adentrado también en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. La autora se refiere con frecuencia al modo en que los acontecimientos previos a la guerra preconfiguraron el escenario que emergería después de la misma, pero no habría estado de más dedicar un espacio propio a este importante periodo. ¿Qué parte hubo de continuidad y qué parte hubo de ruptura en los cambios rurales acontecidos durante la segunda mitad del siglo XX? La autora se esfuerza en sugerir continuidades en la senda de cambio, lo cual es interesante si tenemos en cuenta la propensión de los estudios rurales del presente a exagerar el grado de novedad de ciertas tendencias. Sin embargo, teniendo en cuenta la acelerada transformación vivida por Japón tras 1945 y la propia experiencia de los países europeos durante la segunda mitad del siglo XX, resulta inevitable sospechar que también debió de haber elementos de ruptura. Quizá un mayor diálogo intelectual con la literatura sobre estudios rurales centrados en el presente y en los países desarrollados habría podido ser útil en este contexto.

Pero, teniendo en cuenta que el objetivo primordial del libro es realizar un análisis histórico sobre el desarrollo del Japón rural entre comienzos del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial, nada de esto va en el sentido de restar méritos a un libro tan riguroso como estimulante. Un libro cuyo público natural va más allá de los especialistas en Japón: historiadores rurales, profesores de historia económica mundial (en especial, la parte sobre el siglo XIX), economistas del desarrollo... Esperemos que también encuentre su hueco en la comunidad pluridisciplinar de especialistas en estudios rurales en el ámbito de los países desarrollados. Desde luego, lo merece.

*Fernando Collantes Gutiérrez*  
*Universidad de Zaragoza*